

LA VIOLENCIA Y LO VIOLENTO

I. CRITICA A LA PSICOLOGIA DE LAS MASAS Y ANALISIS DEL YO DE SIGMUND FREUD.

A. A PROPOSITO DE LA INTRODUCCION

Se impone decir de entrada que, como se trata de tomar de cerca el texto de Freud, se da por supuesto su previo conocimiento. Pues bien, asumido ésto, habría que empezar por retomar algunos asuntos iniciales: como generalmente acontece, la "introducción" ha sido redactada por Freud después de escribir el libro mismo. Por ello, más que eso, es un compendio de todo cuanto el libro desarrolla: un real condensado.

En efecto, cada idea evidencia los aportes y las restricciones que esta primera incursión psicoanalítica comporta en un campo donde, desgraciadamente, el Psicoanálisis pareciera no haberse vuelto a interesar, a partir de ahí. Al menos, la alternativa clínica se desarrolló de modo ininterrumpido en detrimento muchas veces de la exploración teórica. La reflexión que sobre las masas adelanta Freud permite actualizaciones y salidas muchas veces, imprevistas.¹

Comencemos por precisar algunas conceptualizaciones que, en el escrito freudiano, hacen carrera.

La primera: la oscilación gratuita entre *Psicología de Masas* y *Psicología Social*. En realidad, en el transcurso del texto, Freud no discrimina los lugares en los cuales estas disciplinas incursionan (al menos como sí, de entrada, lo hace cuando contrapone *Psicología Social* y *Psicología Individual* o *Psicología de Masas* y *Psicología Individual*). La contraposición *sociedad-masas* no parece inquietarle, la-

1. Se dirá: "Lacan también. Los aportes de Lacan a propósito del discurso del amo evidencian que lo anterior resulta insustentable". Es cierto: Lacan impuso acomodados y ubicaciones que permiten una relectura al texto freudiano sobre las masas, incluso sobre conceptos como el de Ideal del Yo que aquí Freud apenas empieza a arriesgar. Pero Lacan -y sobre todo los seguidores suyos; tanto más después de su muerte- privilegian una neutralidad con respecto a lo social que a menudo resulta frívola e indecisa. Y ella se recuesta en la certeza del territorio clínico donde el usufructo de las resultantes parece indiscutible. Nuestras preocupaciones por el tema de las drogadicciones, enfermedad de la época, nos permiten ver al menos, cómo la clínica freudiana demanda revisiones de fondo si no se desea estar limitados en la ubicación de tales problemáticas.

a partir de una revisión crítica del texto freudiano Psicología de las masas y análisis del Yo, este artículo introduce las diferencias entre masa y sociedad, por un lado y vínculo y relación por otro, como claves en el entendimiento de la violencia. Para este mismo propósito, señala la comprensión de lo tanático además de lo libidinal como factor de enlace. Establece diferencias conceptuales entre la violencia y lo violento sin limitarse en los extremos de lo individual o lo social, lo femenino o lo masculino, contemplando los dos polos de estas oposiciones. Desde esas referencias fundamentales, plantea la violencia como "desequilibrio radical de poderes", tomando como ejemplo un caso directamente relacionado con nuestra situación actual: el sicario.

mentablemente. En realidad, si Freud escoge las masas para aportarle a la *Psicología Social* es porque así procedió siempre su Psicoanálisis. Tal cual partió de los sueños, de los olvidos, de lo reprimido, también es porque los procesos primarios rigen a las masas, que se les toma de entrada como referencia determinante.

Por supuesto, a Freud no le interesa producir una "teoría del Estado", demos por caso; ni tampoco una "Psicología Organizacional", como se denomina hoy a este campo. Pero nada le impedía, antes de iniciar su propuesta, partir de esta primera obligatoria distinción; de pronto, muchas deficiencias de su trabajo se le hubieran delatado más sintomáticas que objetivas. Pues el título ya así lo ilustra. La salida hacia un "Análisis del Yo" parece entonces más una recaída que una opción justa.

Si bien Freud ve con pertinencia que toda *Psicología Individual* parte de una abstracción insostenible -como no sea reconociéndola en el lugar más desgarrante de las psicosis, lo cual convalida el vigor de la línea clínica cuando de la *Psicología Individual* se trata- no le sucede igual cuando ubica la *Psicología de las Masas*. Antes que apuntalar un impedimento equivalente se limita a contrastar, sin salirse del empirismo de las masas que, a partir de ahí, se le impone, *masas con multitud*. Y a cuestionar la tesis del instinto gregario, indudablemente peregrina.

La verdad es que Freud hubiera debido desembocar por esta vía al reconocimiento de que, si bien las masas no pueden portar, sin más, un aparato psíquico sí resultan ser el referente de un proceso primario operante que aspira a regir el soporte social, en contraste con los modelos más racionales. En otras palabras, que el proceso primario aproxima al soñante con las masas antes que consigo mismo cuando, definido por lo onírico, contrasta con su

propio ser en el registro de la vigilia; contraposición igualmente radical entre la sociedad, en su acepción más reconocida y aceptada y la forma de masa que le define en el otro extremo.

Este escrito aspira a rastrear las implicaciones de tales asuntos apoyándose en una contraposición, ajena a Freud; la cual distingue, a nivel de los denominados enlaces, dos destinos posibles: el *vínculo*, de una parte, la *relación*, de otra, por la vía de una reflexión sobre la *violencia*.

De entrada, Freud habla de vínculo precisamente cuando alude al enlace con otros; incluso cita cuatro formas posibles del mismo: (otro) como *modelo*, como *objeto*, como *auxiliar* y como *enemigo*.

En el segundo párrafo, sin embargo, Freud emplea el término "relación" como equivalente de "vínculo"; sin establecer diferencia alguna entre ambos conceptos.

B. SOBRE LA DEFINICION DE MASAS

Al final de su texto *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, Freud ha definido las masas. En el capítulo VIII, ha planteado, en efecto: "Una masa primaria de esta índole es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo". Se refiere, por supuesto, a las masas con líder de las cuales, en realidad, su texto trata.

Estos tres lugares: *yo*, *objeto* e *ideal del yo* y las dos alternativas de vinculación (*enamoramamiento* e *identificación*) le han resultado suficientes para fundar, además, las masas de este corte, en tanto que *complejo de relaciones libidinales*.

La coherencia indudable que el texto, a partir de aquí, alcanza -refutación de un instinto gregario en tanto que fundante e irreductible; asunción del mecanismo regresivo como enlace entre la *Psicología*

Individual y la *Psicología de masas*; propuesta de niveles intermedios que propicien tales intercambios: familia, héroe, mito; y, finalmente, opción por la distinción entre pulsiones sexuales directas y de meta inhibida- la coherencia, se decía, que el texto consigue resulta, sin embargo, restringida en dos puntos esenciales:

A. Ausencia de una teoría que resuelva los asuntos que van de las masas hacia sus componentes.

B. Carencia de una inserción de las pulsiones tanáticas en la estructura de las masas y los vínculos que, a partir de ella, se propician.

Cabría, además, señalar insuficiencias resultantes del momento teórico en el cual se dio el escrito; demos por caso, la propia teoría sobre el Ideal del Yo, francamente enriquecedora, donde, sin embargo, no es clara la diferenciación con el Superyo; tampoco aparece el complementario Yo Ideal cercano, en su funcionamiento, de ciertas condiciones esenciales de las masas. Esos faltantes no resolverían, como tales, las dos cuestiones centrales anotadas aquí. Podrían responder, si se quiere, por la condición especular que integra y separa la *Psicología de los individuos* de la *Psicología de las masas* y completar la definición de Freud, dándole al Yo Ideal un lugar que si bien, inicialmente, pareciera más justo ubicar como clave de las metamorfosis de los individuos en el interior de las masas podría, incluso, permitir entender ciertas demandas que éstos imponen al líder, a menudo impulsado a adecuaciones de influjo equivalente. Las propias masas ocuparían, de pronto, ese lugar y llamarían, desde ahí, a la regresión.

No faltaría, sin embargo, quién objetara -partiendo de la revisión lacaniana del término- el propio concepto de *regresión*. Extensible, sin duda, al tema de la *hipnosis* tantas veces presente en el develamiento freudiano del cual aquí se trata.

Lo cierto es que, antes de enriquecerse la teorización de las masas, resultan claramente beneficiadas concepciones clínicas (melancolía y depresiones) y del registro de lo individual. Sin duda, Freud redondea aspectos inconclusos y sale al paso a posibles objeciones (distingue entre ejército e iglesia, por ejemplo; aborda -lastimosamente de manera demasiado tangencial- otras posibles formaciones de masas no necesariamente lideradas, etc.); también halla, en la antropología del mito científico del parricidio original, adelantos a objeciones que, en el transcurso de la lectura de los primeros capítulos, parecen inevitables. No bastan, sin embargo, para responder por los dos cuestionamientos que, de entrada, se establecieran al hacer el balance de la resultante.

En realidad, Freud no es ajeno a tales lagunas. La nota 6 del capítulo XII sobre "los sentimientos hostiles" delata -y no es la única vez que lo hace- que el asunto del *vínculo tanático* se sabe pendiente. Tanto como un Psicoanálisis del Sentimiento, indispensable para resolver asuntos tan claves como la Transferencia y la Tanato-transferencia de la cual, que se sepa, nunca se habló, así resulte evidente su necesidad en referencia con lo contratransferencial y con la propia Transferencia negativa.

De pronto, sea menos clara su preocupación por darle a las masas un estatuto de autonomía aunque no puede negarse tampoco que Freud incluye este tipo de formulación en algún momento de sus conclusiones (reconocimiento de que la *Psicología de masas* es previa a la *Psicología individual*; desarrollos sobre el poeta épico y el héroe, etc.).

De un modo u otro, la verdad es que las razones por las cuales el texto adolece de estas deficiencias no son las mismas. Si bien, en un caso predomina el aplazamiento como razón de ser de la falla, en el

segundo es posible desentrañar la reticencia freudiana a incursionar la periferia de su dominio por temor a desembocar en debates engorrosos que, antes que beneficiar el movimiento psicoanalítico, colaboraban con sus "guerras" intestinas. Demos por caso, el debate con Jung sobre el *inconsciente colectivo*, cuando no, el temor a la reacción frente a la propuesta tardía de la *pulsión de muerte*. El capítulo sobre el *Instinto gregario* ya es sintomático, si se le mira así al menos; tanto como la diplomática "regresión" del escrito freudiano al campo más familiar, de la clínica de las depresiones y las pulsiones de meta inhibida.

El Apéndice-fruto de la discusión del texto con Otto Rank- evidencia cómo Freud no quería precipitarse hacia el ideal de *lo mejor* lesionando, sin más, lo realmente bueno. Confiaba, sin duda, que el asunto pudiera desarrollarse luego, cuando la integración estuviese menos amenazada. El resultado actual: desierto de aportes y repetición del modelo (masa psicoanalítica) evidencian hasta qué punto esta esperanza de Freud era ingenua y errónea.

II. MASA Y VIOLENCIA

A. INDIFERENCIA Y MASIFICACION

Dos asuntos devienen indispensables, psicoanalíticamente hablando, para abordar la cuestión de la *Violencia* partiendo de estas reflexiones iniciales sobre la *masa*. Uno: no hay *violencia* más que en las fronteras o en la cercanía de los rebordes. Incluso, cuando se ejerce sobre el centro de un campo, hace boquete, crea nuevos linderos. Esto da la clave de su positividad pues, más allá de su condición destructiva evidente, introduce un nivel creativo innegable (bombas de realidad suplementaria del Terrorismo Creador). Dos: sólo pensada como alter-

nativa que impone una doble determinancia (del *vínculo* sobre la *relación*; de *Tánatos* sobre *Eros*) es posible reflexionarla en su dimensión más diferencial y constitutiva.

Pues bien: ninguna de estas condiciones es asumida por Freud en su texto sobre las masas.

Además de estas condiciones básicas es posible desentrañar dobles bucles que dan a la *Violencia* alternativas paradójicas: erogenización de lo más tanático; congelación del vínculo en una suerte de relación hostil que se eterniza (reclusión relacional; similar al enlace que integra al preso con su carcelero). Incluso, complementos cruzados -cuando la *violencia externa* (terrorismo, narcotráfico, por ejemplo) se suma a la *violencia interna* (implosiva, adictiva)-. Tanto como lo que podría apelarse *tono violento*, presente en las relaciones supuestamente más normales y sanas.

Para el Psicoanálisis, ello no podría resultar extraño, puesto que funda toda cultura humana sobre el supuesto atentatorio de la *Violencia*; por ende, toda construcción psíquica. Y, además, si se reconoce todo aparato (psíquico y, ¿por qué no?, social) como soporte decididamente, defensivo.

Ahora: la condición de *indiferencia*-tercera alternativa que Freud suma al par antitético amor-odio² pareciera hacer fondo definitorio de la normalidad. En efecto: el modelo defensivo de todo psiquismo definido como sano, responde desde ahí al *desconocimiento* y a lo *real* indomeñado; por contraste con los modelos psicóticos que naufragan, precisamente, en ese punto, en la medida en que, en cambio de indiferencia emergen delirios o alucinaciones, disociaciones o desbordes afectivos; la indiferencia psicótica reniega de lo más privilegiado y constitutivo en el orden de la normalidad.

2. Cf. FREUD, Sigmund. "Pulsiones y destinos de pulsión", *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978

La condición de *indiferencia* es, en cambio, complemento, inevitablemente, de toda violencia a partir del momento en el cual ésta se instala, torna predominante y se impone como condición de lo agresivo, definitorio ahora de toda normalidad desde que se reconoce inserta en el registro de un tono violento generalizado (tono terrorista).

P u e s bien, el paso que da la *indiferencia* como decisivo, desde que los modelos de relación (*amor-odio*) se empobrecen, pasa a ser, además de efecto, causa de *violencia*; multiplicador de *violencia*; complemento necesario de toda *violencia*. Al tiempo, cuando ello sucede, es observable simultáneamente un fenómeno concomitante: la *masificación*. O sea, la reducción progresiva de la distancia entre el plano de lo individual y el registro de *masa* que, simultáneamente, ha pasado a primar sobre lo social. Por ende, el impreciso diagrama de los linderos que demarcan ambas zonas y evidencian, de modo progresivo, la condición convencional, incluso arbitraria, de tales demarcaciones, corrientemente consideradas como constitutivas y evidentes.

temente consideradas como constitutivas y evidentes.

Freud, ha sido dicho, no podía saberlo. Ni siquiera Lacan lo supo pues se hizo ciego a ello al dar a su tesis más personal, "la fase del espejo", características de evidencia. De un modo u otro, a partir del momento

en el cual el primero enmarcó a las masas en la cárcel libidinal delato así, un doble impedimento. Uno: una cosa es la condición empírica que impone el soporte indispensable de la multitud (*cuerpo-masa*) a las masas, para ser; otra, el *alma-de-masa* propiamente dicha. En efecto, si se entiende *alma* en tanto resultante animada desde sí existe esta sola posibilidad, si bien se ve, de fundar una real *Psicología de masas*; que no, de multitudes).

Dos: más allá de lo *libidinal* como alternancia única de enlace, habría que diferenciar la *relación del vínculo*; la primera, sin duda, sigue la clave que lo *libidinal* impone así luego no falte la opción segunda donde la *indiferencia* propicia la curiosa resultante de la relación tanática; ella apuntala, desde el tono terrorista generaliza-

do, lo violento y el modelo cuestionado de todas las opciones de intercambio; pero esto no invalida el soporte del vínculo, primero y determinante; allí el enlace es tanático desde que se da como pérdida fundadora; como inaugural *violencia* constitutiva, en tanto acto parricida que funda la *Cultura*.

En otro texto³ se ha desarrollado una propuesta que, al nivel individual, completa y somete la condición erótico-especular a una *prehistoria de sombra* la cual, no sólo apunta lo tanático excluido sino que, permite reconocer enlaces vivenciales indispensables para entender la asunción o el impedimento que propicia o repele la operación especular misma.

Esta *psicología de sombra*, está en la base de toda *masificación* y, por ende, de toda *violencia*. (Luego se distinguirá entre *Violencia* y *Violento*).

Freud no podía reconocer diferencia entre *masa* y *multitud* por no asumir estas condiciones; pero, además en tanto no conseguía esto, no podía reconocer que, más allá de la disolución de toda *multitud*, la *masa* era insoluble. A la alianza relacional que resulta integrando la *multitud*, se sigue la irreductible condición del *vínculo de masa* que la tecnología contemporánea permite ahora visualizar plenamente (*vínculo televisivo*, demos por caso, donde el espectador hace *masa* sin el supuesto empírico de la participación en una evidente *multitud*, etc.).

La *masificación* condiciona toda *violencia* en tanto define formas modernas en su dimensión más distintiva y diferencial; como estallido terrorista (*violencia explosiva*); en tanto que *implosión psíquica*, ilustrada en clínica por las *drogadicciones* -formas las más definidas de las patologías contemporáneas- y por el destino de la *indiferencia* -aborda-

3. Cf. OTERO, Joel. *Clínica psicoanalítica de las drogadicciones*. Inédito.

do previamente por este texto- que pone en tela de juicio toda supuesta normalidad.

Esta constante ha conducido, en trabajos anteriores, a proponer la revisión de la problemática psicoanalítica, en un doble sentido:

Dando a la *clínica* dimensión *social*.

Reconociendo a la teoría recorrido interdisciplinario; o sea, el Psicoanálisis tendría que ser *en las fronteras del Psicoanálisis*, como fue siempre que resultó creativo pues, aún al nacer, fue linderal.

Esta condición de Terrorismo Creador que funda al Psicoanálisis en tanto que linderal no parece fácil de reconocer allí donde ha hecho recorrido el prejuicio, según el cual, confundiendo las claves del método con restricciones al objeto se intenta, en cambio, reducir la propuesta psicoanalítica a las cuatro paredes del consultorio.

Pues bien: si visto todo así, *la Violencia* es, además de *agresión*; además, de conducta explosiva, transgresora, atentatoria; además de sucesos o procesos destructivos; incluso, además de ejercicio -siempre- de un poder, *la Violencia*, en el nivel más definitorio es *refutación del intercambio de equivalentes* (entendido este concepto último en el sentido que tiene en "El Capital" de C. Marx).

Aún en la guerra, *la Violencia* se distingue como asunto en sí, o sea donde se eleva hasta la realización terrorista, únicamente cuando esta condición se cumple. En otros términos: por más radical que resulte -cuantitativamente hablando- la certeza de poderes equivalentes le resta toda significación traumática. Y, también, por más sutil e intangible que pudiese parecer, su condición definitoria más cualitativa está dada a partir de ahí. *La violencia humana* tiene, por ello, dos centros inaban-



donables: causa antes que efecto desde que el asesinato funda la Cultura; y, en consecuencia, inconsciente apuntalado, prioritariamente, desde la masa; es en ésto donde el Psicoanálisis hizo un aporte, aún insuperado, para bien de su perpetuación.

B. ACTO Y MITO

Existe el *acto* apresado por el *significante*, por supuesto. Lacan le ha dedicado todo un seminario al asunto. La cuestión consiste en preguntarse si, más allá de la formulación psicoanalítica contemporánea, no cabe, además, un *más allá del acto significativo* donde se instale un real Psicoanálisis de *la Violencia*.

Es apenas *significante*, habría que preguntarse primero, *la Violencia*?

Incluso, demarcar el concepto, pues no es del exclusivo registro de lo puramente psicoanalítico.

En otro escrito⁴ se señalaba una primera indiscutible localización. Se decía entonces:

"De entrada la violencia ha sido confundida con lo violento".⁵

Más adelante aún, se lee:

"Resulta claro que la diferencia entre *Violencia* y *Agresividad* se la asignamos desde ya a la locura, en tanto ejercicio de la muerte reconocida".

4. Cf. OTERO, Joel. "Reflexiones a propósito de la locura en Colombia y su relación con la violencia", Lecturas, Universidad del Valle, 13963. Facultad de Educación. Cali, Abril 29 de 1986.

5. *La violencia* no es un vínculo; es un recubrimiento es-

"Pero en tanto la locura se colectiviza. No se trata de la violencia individual donde la locura convencionalmente discurre. Ni siquiera del vínculo interpersonal, intersocial, donde rueda *lo violento*. Se trata de la locura como condicionante social. Y, así no lo quiera Baudrillard, se trata también de la condición

tanática que además del *acto*, comporta *el verbo* constitutivo, o sea, *inconsciente*".

En este punto, se imponen varias aclaraciones:

Lacan tacha la condición de "falta de lo simbólico" (no sólo de falla *en* lo simbólico que sí le resulta familiar) que *el acto* como tal presupone. (No siempre acontece así a Lacan, pero en este caso sí).

Baudrillard cancela la condición de sentido que subtiende a toda violencia. En nuestra propuesta se trata de reconocer que ni el Psicoanálisis ni la Sociología -aún la más radical- pueden dar cuenta de la *Violencia* en tanto fenómeno positivo y linderal. No se podría proponer una tarea tan monumental ni, mucho menos, resolver los asuntos que, entonces, se crean, es este esquivo artículo. Pero nada impide su señalamiento e, incluso, una primera incursión por esta ruta solitaria, en pos de la progresiva captura de un nuevo concepto: el Terrorismo Creador.

Se propone sumar ahora a los términos contrastados -*violencia, violento*- el verbo: *violentar*. Que si se lo descompone permite la alternancia equivalente: "*hacer violencia*". No se puede, sin más, proponer en cambio:

tructurante que califica la totalidad de las resultantes. La violencia funda lo social. Funda lo humano, a título de transgresión cuya prohibición crea la ley. *Lo violento* es el acto que, a partir de ahí, repone la escena originaria o sus equivalentes. OTERO, Joel. *Ibid.*

"decir violencia". La violencia, sin embargo, es del orden del acontecimiento y la palabra que la nombra en tanto que acontecimiento posible puede, a su vez, ser calificada por ella. Causa y efecto al tiempo, hemos dicho antes, lo *significante* califica el acto pero, a su vez, el *significante* (en tanto que clave fundada por lo simbólico) es cuestionado por el acto violento. Incluso se trata de ello. Pues no existe linderero que no tenga, al menos, dos rostros; como Jano.

Lacan reconoce por esto apenas un campo: allí donde la *Violencia* es individual, Baudrillard, más cósmico, piensa la *Violencia* como lo monumental universal que sobrepasa siempre. Ni siquiera más sociológico-pues está riñendo con toda alternativa académica; como que es un violento teórico- en cambio de reconocer dos órdenes irreductibles, hace del concepto, acto desde que, el acto, funda el concepto.

Lacan no perdonaría esta salida desbocada, esta caída loca del lado de lo Real; pero Baudrillard se está quemando con un objeto que a Lacan no sólo lo deja frío sino que le resulta ajeno, indiferente. Lacan ahí se comporta apenas como un normal. Y, en tanto defensiva, su posición resulta cuestionable.

Existe, a pesar de todo (es cada vez más claro) la condición social como rectora de la *Violencia*. Al menos, es el aspecto que generalmente más interesa. Sólo que se trata de un predominio que lo da el caos; no la armonía. O sea, lo da lo *agónico social*; no la adecuada operación del aparato (social). Se da por ello como *locura social*.

Es entonces, desde esa prelación, a partir de donde lo violento emerge (*violencia individual*); es ello cuanto Baudrillard ignora y desprecia desconociendo que sin tales in-

strumentos la *Violencia* sería impotencia y silencio. Lo violento -visto así- resulta ser la marca de lo social agónico sobre el sujeto.⁶

Veamos entonces:

La palabra es acto, acontecimiento y, por ende, admite darse como instrumento de violencia.

La *violencia individual* es siempre marca desde lo social agónico; expresión de la disfunción del aparato (social); *síntoma social*.

No que lo borre, se insiste; ambos registros se resultan indispensables. Pero además, existe una prelación; la *violencia social* es primaria. La *violencia individual* es segunda, consecuencia. Están simultáneamente ahí; pero estructuralmente existe una jerarquía, una dominancia. Esa prelación ¿de dónde procede? Irrumpe del mito que recubre en uno y otro caso, el origen.

Se quiere decir: de una parte -y se pronuncia para ello un discurso escuetamente psicoanalítico, pues sin abandonar el método, se estira hasta donde es posible el objeto-funda el parricidio; acto violento que precede a todo contrato social.⁷

Individualmente, en cambio y a su vez, apuntala el corte.

Incluso, habría que decir aquí, que desde que se mitifica el origen, se impone el reconocimiento de que el mito resuelve apenas en masculino. La mujer, no queda cobijada por el mito; resta subordinada a una masculinidad que, si bien no necesariamente la enloquece, sí la pierde de la asunción de su femineidad.⁸ Esta *Violencia* -tan visible hoy y tan ignorada hoy y siempre- tendrá mucho que ver con el tono generalizado de *Violencia* que cada vez resulta más dramático y evidente.

La más visible, empírica *Violencia* fue siempre -quién podría

idéntico origen histórico al Capitalismo; se quiere decir el mismo origen de *Violencia*.

8. Resta un texto -mejor literario que psicoanalítico- donde se evidencie el trastrueque del ordenamiento habitual mujer-madre y su marca sobre la condición de violencia que ella determina.

negarlo?- ejercicio escueto de masculinidad sin atenuantes. La *Violencia*, sin embargo, lleva, paradójicamente, nombre de mujer. Y la femineidad se define por oposición a toda reconocida *Violencia*. Lo cual es insostenible, por supuesto. La *Violencia* fundante es mitificada; sea. Pero la *Violencia* se instaure, en consecuencia, como ejercicio de un poder, de un desequilibrio inevitable. Entre la impotencia del neonato y la resultante acabada materna, el deseo más oculto e inmanejable en la madre, ejercita todas las violencias; incluso la imposición de la reconocida humanidad (lengua, cultura, domesticamiento cultural en general). Y esa *violencia* "buena" no resulta serlo menos por ello.

Pues la *Violencia*-supuestamente "mala", masculina, atentatoria-tanto como esta otra que concede a la masa todo su poder -femenina, buena, maternal, infantilizante- se opone y se opuso siempre a la *Libertad*. La *Libertad* hace pareja de antagonismo a la *Violencia*. Pues, nada más negado al ser humano, que la *Libertad* cuando la *Violencia* prima en cualquiera de sus formas. Si no se piensa desde la perspectiva del hombre libre, aún entendiéndolo como posibilidad negada, la *Violencia* es apenas descrita o, peor aún, sometida a juicio. Nunca se extrae de ella su verdad más constitutiva.

Y allí es, precisamente, donde la masa resulta connatural a la *Violencia*.

C. PRIMERAS REFLEXIONES SOBRE EL MODELO DEL CRIMINAL MODERNO

"No se puede hacer nada verdadero sin ser una pizca criminal".

S. Freud.

Hemos propuesto dos modelos de *Violencia* que combinan lo tautológico con la condición indispensable del *Goce*. Una *violencia en mascu-*

lino -más fácilmente reconocible- y una violencia conjugada en *femenino*, más velada y silenciosa pero no menos decisiva. Su mezcla, su ensamblaje, da la forma más radical de *lo violento*.

Hemos distinguido *lo violento de la Violencia*, en varios sentidos. El primero diferencia *lo violento* como la expresión de *la Violencia*, como su polo empírico, siendo *la Violencia* más genérica, conceptual y envolvente. En este sentido -hemos planteado antes- *la Violencia* no hace humano vínculo, pues es entonces, *lo violento*, aquello que impone el vínculo (*tanático*) en la medida en que niega toda posible *relación (libidinal)*. *La Violencia* vincula sí pero vincula al *Capital*; y si permite relación ahí es en tanto *relación tanática* con el semejante: tono terrorista en el registro de la indiferencia; pero también, opción terrorista extrema donde la polaridad definitoria explosivo-implosivo (terroristas y drogadictos) hace del cuerpo, artefacto y del suceder, estallido.

También se distinguen, según nuestro planteamiento, *la Violencia de lo violento* en sentido estricto; en tanto polos que enmarcan la contraposición complementaria de *lo individual y lo social*. *Lo violento* es, aún en su manifestación más individual, efecto social; efecto *de la Violencia* en tanto que social, además.⁴

Cada *acto violento* progresa en la asunción de *la Violencia*; aspira a reducir distancias entre la periferia y el núcleo constituyente. Por eso *el violento*, indispensable ejecutor de esta tarea, puede y debe ser un verdadero *profesional de la Violencia*. Educado para ello, como soldado de la muerte delata e ilustra, de entrada, la condición esencial a toda real *Violencia*. No existe, se ha dicho,

9. No sólo *la Violencia* no puede reducirse a un escueto sentido individual sino que es *doble violencia* que lo social genera luego del abandono del modelo de *Violencia natural* al servicio del equilibrio en la lucha entre las especies. *La Violencia* es pues del *Capital*, en primera y en última instancia, impuesta por la duplicación del desequilibrio de poderes.

Violencia más que en tanto desequilibrio radical de poderes. El moderno terrorista, el *sicario* contemporáneo es, en esto, paradigmático. Así suene inconveniente, en este punto se asume bordeando la perfección, el virtuosismo de su hacer.

Pero también *el sicario* -tomemos para el caso el ejemplo más visible- presenta una fase ingenua y torpe, pues el desequilibrio no tendría por qué no calificarlo. *El sicario* resulta, incluso, doblemente ingenuo.¹⁰ Hagamos operar la marioneta edípica, para visualizarlo:

Uno: su vida se inmola en el goce del instante donde el acto se ejecuta.

Dos: ama -ésto lo dice la t.v.- a la madre por encima de todo -como en una canción- y obedece ciegamente al amo de la muerte (Otro *tanático* del modelo laciano).

P o d r í a decirse que si bien desprecia al *papá*, siempre vencido, se apuntala al *Padre* omnímodo y primordial: el per-

10. Aislar al *sicario* no significa desconocer que lleva al extremo un destino nuevo: no sólo, como se viera ya, al ser humano como artefacto explosivo: también la sociedad convertida en "bomba de tiempo"; de donde el *sicario* hace síntoma social en tanto detonante.

sonaje-que-engendra no coincide con el personaje-que-encarna-la-función-paterna, al cual se obedece a ciegas. El primero resulta tan devaluado como se idealiza al segundo (no sobra señalar que este segundo personaje puede perfectamente

ser intangible y fantasmal como el propio Dios)

Esta lógica se impone al *sicario*, a partir del deseo inconsciente que desde la madre le funda. Y es, en relación con él que, el Otro paterno, se hace visible en el jefe empírico.

Es por eso, a su vez, que *la Violencia social* antecede a la forma más radical del ejercicio de *lo violento* empírico e individual. Es por ésto también que, el sentido que subtiende al *acto violento*, remonta el registro escueto del sujeto que lo genera.

A n t e s bien, instrumento de un

asunto del cual apenas resulta ser pieza obligada, sintomatiza el nuevo orden; orden portador del poder apabullante de cuanto, el sistema cuestionado impone, para sobrevivir. *La Violencia del Capital agónico* da la clave de la supuesta novedad en la medida en que repone *la Violencia inaugural* que le funda.

L A VIOLENCE ET CE QUI RELEVE DE LA VIOLENCE. *A partir d'une révision critique du texte freudien Psychologie des foules et analyse du moi, cet article introduit les différences entre foule et société, d'une part, et entre lien et rapport d'une autre, comme clefs pour la compréhension de la violence. A cette même fin, il signale la compréhension du thanatique et non seulement du libidinal comme facteur de liaison. Il introduit des différences conceptuelles entre la violence et ce qui relève de la violence, sans se limiter à l'opposition entre individu et société, féminin et masculin, mais en les tenant en compte tout de même. A partir de ces références fondamentales, il définit la violence comme "un déséquilibre radical de pouvoirs" et propose comme exemple un cas directement en rapport avec notre situation actuelle: le tueur à gages.*

Así la imagería que mueve a la denominada opinión pública asigne omnipoderes al "crimen organizado" y a sus personajes clandestinos y sorprendentes -como encarnaciones fantasmales- lo cierto es que si algo es común en todos estos complejos asuntos -al menos cuando se trata de hallar núcleos fundamentales- resulta siendo la impotencia que acompaña, de un modo u otro, a todas las partes en cuestión incluidas las masas, nacionales e internacionales. Basta con que el asunto emerja a la superficie, se visualice, para que toda esta condición se evidencie. Demos por caso: basta con que muera un "capo" para que se imponga la evidencia de que nuevos falos ornamentarán el bucle cercenado a la invisible cabeza de Medusa pues, a la indiferencia generalizada, "la equilibra" una omnipotencia contrapuesta.

Además de la complementariedad psíquica que el polo del *Goce tanático* permite deberá reconocerse, en el otro extremo, la *Forma-Dinero* entendida como *tesoro acumulado* cuya resultante enloquece al *Capital agónico* convencido, con ello, de su fortaleza irreductible; congelado en su perpetuidad más allá de toda refutación. A ello colabora, además, el desarrollo de la *Técnica*, de una parte, y los errores del Socialismo que, a cambio del modelo cuestionado, se ha pretendido instaurar. El error socialista refuerza la "ausencia de futuro" como resultante y la lamentable e ingenua certeza de que "es preferible malo conocido que bueno por conocer". La *Técnica*, además de remozar al Capital, da al *sicario* -ya que de él es de quien en este punto se trata- su peculiaridad. (Sicarios, en realidad, han existido siempre. Pero el desarrollo de la *Técnica*, en cuando hace con el aparato bélico, impone a nuestro moderno criminal -soldado de excepción, en cambio, para sí- esa radicalidad en su asunción tecnocrática y bélica).

Pieza del siniestro ajedrez que juegan la *Violencia* con la impotencia pacífica, el *sicario* es igualmente diestro para descargar el arma mortal o para *agenciar de bala* que ingresa en ese instante al privilegio de dar razón de ser a su presencia allí: en el estallido que le realiza y desaparece.

Adiestrado con frecuencia por el terrorismo internacional el macho adolescente resulta ideal para dar a sombra la violencia. En el punto de mayor inocencia infantil para esta miseria inconsciente¹¹ el *sicario* accede, por un instante, a la plenitud de su demanda donde ya no importa sucumbir. La delirada fuente inagotable pecuniaria devolverá a "mamá" el equilibrio de su *violencia inaugural* (marca donde el *meconio* -primera deposición infantil- hace ahora tesoro en un retroceso que el vacío materno propicia y permite; pues ahí, nunca la paz fue posible). Con excusas tan elementales se inmola y, si no es él, miles lo harían pues, todo está debidamente preparado desde el conjunto, para que los engranajes ensamblen: bala indetenible de la *Técnica* más refinada; miseria incomparable del *meconio*; acto bélico en medio de la supuesta paz; agónico estallido del Capital; bostezo hambriento de la madre anciana; yo ideal invasor, demoleedor y autodestructivo; narcotráfico voraz; drogadicción en masa; todo, en efecto, reunido en salvaje condensado de aspiración definitiva; al tiempo, en cambio, coherente y loco.

El nuevo Edipo ha cerrado el círculo siniestro ahora que el Capital le confiere sentido a su versión tanática, recompuesta en el fracaso de la amalgama del sentido delirante y armónico que cae, en cambio, del lado del fragmento; luego del estallido escandaloso donde la desproporción demuestra, una vez más, que la *Violencia* es eso: exceso y défi-

11. Parecerá en extremo caduco reconocer de nuevo ahí el falo, enarbolado a distancia, ejerciendo el goce de la más radical y tanática castración?

cit radicales y simultáneos, que juntan los polos del poder más primario y la indefensión, impotente aquí, allá indiferente: en ambos casos, complementarias; igualmente, extrañas entre sí.

Una nueva forma del *Goce* y de la *Plusvalía* emergen simultáneamente también. *Lavado* el Capital de los ancestros de *Violencia* que le fundan, el fantasma retorna y se reactualiza. La *Plusvalía* también torna tanática -el Valor es de sangre; de sacrificio- y ya no hace excepción; a la lucha de clases sucede el juego de dados donde, apenas el silencio cómplice y el azar permiten, en inseguro aplazamiento, seguir olizqueando el lugar amenazante de la víctima. El *Goce*, en cambio, se hace demanda inagotable, indetenible; atesoramiento del *padecer* ahora que el *placer* ha roto definitivamente los linderos del equilibrio iluso y mítico. La *nueva forma* es hija de la *Violencia* de los extremos: todo vuelto al revés. Armado el lumpen para suplir la incapacidad de las antiguas clases y valores, el *Neocapitalismo* tiene, cada vez más, su verdadero rostro; así el *Neohumanismo* se imagine que, el Capitalismo, sigue siendo el mejor de los mundos posibles*.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- BAUDRILLARD, Jean. *Las Estrategias Fatales*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1985.
 ————. *A la Sombra de las Mayorías Silenciosas*. Ed. Kairós, Barcelona, 1978.
 FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978.
 LACAN, Jacques. *Escritos*. Siglo XXI Editores, México, 1975.
 OTERO, Joel. *Clínica Psicoanalítica de las Drogadicciones*. Inédito.
 ————. "Reflexiones a Propósito de la Locura en Colombia y su relación con la violencia". *Lecturas*, 13963. Universidad del Valle, Facultad de Educación, Departamento de Psicología, abril 29 de 1986.